

lectual que habla faltado durante la dictadura de Perón. Uno de los desencadenantes de este extraño fenómeno fue la campaña del frondizismo-frigerismo, interesado en reivindicar al peronismo en parte por el pacto preelectoral con Perón. Pero fundamentalmente porque el proyecto político de Frondizi-Frigerio era desprenderse de los aspectos fascistas del peronismo pero retomar el lado bonapartista. El programa de Frondizi no era una democracia basada en el sistema de partidos, ya que él no tenía ninguno, sino un sistema corporativo basado en el empresariado, el sindicalismo, el ejército y la Iglesia. Sin embargo, se trató de un intento frustrado porque estos factores de poder no le respondieron, aunque fue en cierto modo y sin proponérselo el borrador del proyecto de la dictadura militar desarrollista de Onganía.

A la peronización de la clase media, siguió una década más tarde la peronización más específica de la juventud universitaria, pero esta vez no ya detrás de un proyecto político bonapartista sino de una utopía revolucionaria, la del peronismo de izquierda. Nuevamente aquí debe señalarse que el fenómeno de la Juventud Peronista y Montoneros tampoco fue original sino que también se encuadra dentro del modelo fascista clásico. Los regímenes fascistas europeos tuvieron su ala izquierda sobre la que se apoyaron en la etapa ascendente y a la que liquidaron política y físicamente cuando llegaron al poder. La masacre de Ezeiza es el equivalente de la «noche de los cuchillos largos» del nazismo.

El error simétrico de negar el carácter fascista del peronismo es adjudicar el calificativo de fascista a dictaduras militares de tipo tradicional y, por lo tanto, desmovilizadoras de masas como fueron los regímenes de Onganía y de Videla. En este caso el concepto fascista pierde toda especificidad y se convierte en un prescindible sinónimo de dictadura reaccionaria de derecha. Es preciso, en ciencias sociales, adoptar una actitud vigilante con respecto al uso de los términos pues pueden llevar a errores conceptuales que a su vez derivan en graves equivocaciones políticas.

## **El militarismo**

Nos toca ahora hablar de este tercer modelo que al comienzo designamos con el término general de militarismo y en el que hay que establecer diferencias y matices. Ante todo debe señalarse que todos los golpes de Estado y todas las dictaduras militares desde 1930 a 1976, tuvieron apoyo de la sociedad civil, no solamente de algunos sectores minoritarios de la clase alta, sino de amplios sectores de clase media y en algunos casos de clase

obrero. Los dirigentes sindicales asistieron a la asunción del mando por el dictador Onganía. Todas las dictaduras fueron legitimadas además por el poder judicial. Los partidos políticos y el periodismo tampoco fueron ajenos. Tanto Uriburu como Lonardi y Galtieri llenaron la Plaza de Mayo. Por otra parte, las dictaduras militares no caen por una movilización de la sociedad civil o de los partidos. Generalmente son otros sectores militares los que las desplazan o es la crisis económica la que las persuade de irse. En el caso de la última dictadura, su caída debe agradecerse exclusivamente a la derrota en la guerra. Por otra parte, fueron civiles y aún intelectuales de prestigio, a partir de Leopoldo Lugones, quienes elaboraron las ideologías de las dictaduras; los militares son incapaces de elaborar ninguna teoría. Debe hablarse por lo tanto más correctamente de golpes cívico-militares. La prueba está en que cuando la sociedad civil a partir de 1983 llegó al hartazgo de la dictadura militar, todos los levantamientos pudieron ser derrotados.

El ciclo militarista no fue de ningún modo ideológicamente monolítico y sólo en algunos aspectos puede identificarse con las dictaduras militares tradicionales latinoamericanas. El golpe de 1930 fue, como vimos, un intento frustrado del nacionalismo aristocrático. El golpe del 43 derivó rápidamente hacia el nacionalismo populista. El golpe del 55 fue encabezado en un comienzo por sectores nacionalistas similares a los del 30.

La especificidad del modelo militar la encontramos tan sólo en el golpe del 66 y del 76, sobre todo en el primero donde la ideología estuvo más elaborada. La dictadura de Onganía fue una combinación de dictadura militar tradicional y bonapartismo. No fue fascista porque faltaron los elementos fundamentales ya que Onganía ejerció un liderazgo autoritario pero no carismático. Como un dictador tradicional sólo buscó obediencia y no amor, no elaboró el ritual de culto a la personalidad. Contrariamente al fascismo, fue un régimen desmovilizador de masas. A diferencia del fascismo, carecía de una ideología original, la ideología se limitaba al catolicismo integrista contrario al individualismo liberal, tal como se enseñaba en el Instituto de Ciencias Políticas de la Universidad del Salvador o en los cursillos de cristiandad. No hubo adoctrinamiento, ni propagandización, ni politización. Fuera de las grotescas campañas moralistas, no se intentó quebrar demasiado los límites entre lo privado y lo público. Fue, pues, un régimen autoritario pero no totalitario.

El elemento específico de este militarismo de nuevo cuño fue el aspecto desarrollista, tecnocrático, eficientista. El modelo económico de sustitución de importaciones, de industrialización liviana para el mercado interno, estaba agotado y por tanto el nacionalismo populista basado en él se volvía

anacrónico. Fue así como algunos ideólogos de derecha surgidos en parte de la Escuela de Economía de la Universidad Católica consiguieron influir en algunos dirigentes sindicales, en sectores del empresariado y en el arma más mecanizada del ejército, la caballería, donde se imponía un alto nivel técnico. Crearon en todos ellos la conciencia de la necesidad de una tecnología de avanzada, la reconversión industrial, en fin, de un desarrollo capitalista acelerado. A los valores de orden, disciplina, jerarquía y moral característicos de las dictaduras militares de tipo tradicional, se unía un modernismo tecnocrático, el culto a la eficiencia, lo que puede llamarse modernización autoritaria o modernismo reaccionario. Este tipo de dictaduras desarrollistas admitían un antecedente en la Europa Central de los años 30, en los regímenes autoritarios del almirante Horthy en Hungría, del mariscal Pilsudski en Polonia y de Dolfuss en Austria.

Pero nadie se acordaba en los años 60 de ejemplos tan alejados y todavía era demasiado pronto para recurrir a los modelos de los tigres del Sudeste asiático como la dictadura desarrollista del general Park en Corea del Sur. Los modelos entonces eran la dictadura de Castello Branco surgida del golpe militar brasileño de 1964 y, sobre todo, el franquismo tardío.

El caso español era paradigmático. El franquismo temprano impregnado de ideología fascista y por lo tanto más parecido al peronismo, había sido un fracaso económico, pero el desplazamiento de la Falange por el Opus Dei y el abandono de la autarquía —imponiéndose a las propias convicciones de Franco— había significado un crecimiento económico sin precedentes. Algunos autores han creído ver en este tipo de régimen un modelo original que han llamado Estado orgánico (Linz), burocracia autoritaria (Woolf) o Estado autoritario burocrático (Guillermo O'Donnell) pero una vez más, como en el caso del peronismo, puede definirse con categorías clásicas. Estas dictaduras de nuevo cuño representaron una transición entre la dictadura militar tradicional católica de derecha y el bonapartismo.

La organización política de la dictadura de Onganía intentó sustituir el régimen parlamentario por el corporativo. Al ejército, la Iglesia y el empresariado se sumaban un sindicalismo totalmente despolitizado y sumiso, lo más parecido posible al modelo bonapartista. El fracaso de este modelo que después quiso repetir Videla, se debió a variadas causas, entre éstas la contradicción entre una economía modernizadora y una organización política, social y cultural premoderna. Fracasó también por la represiva política universitaria que alejó del país a los más capaces, y que tuvo una consecuencia inesperada y no deseada: el surgimiento de la juventud universitaria peronista de izquierda y montonera, educada en las llamadas cátedras nacionales, donde los profesores nacionalistas católicos reemplazaban a los

liberales e izquierdistas expulsados. La falta de garantías jurídicas por la inexistencia de instituciones democráticas y, a partir de la aparición del terrorismo, también la falta de orden social, desalentó la inversión de capitales, lo que contribuyó al fracaso. Pero fundamentalmente el modelo fracasó por la contradicción insoluble entre una conducción económica liberal y el nacionalismo estatista y autarquista innato de los militares. Los programas económicos intencionalmente aperturistas de Adalberto Krieger Vasena y José Martínez de Hoz, chocaron con el nacionalismo de los militares que de ningún modo estaban dispuestos a desprenderse de las empresas estatales del área de Defensa, así como de otras empresas estatales que frecuentemente dirigían. Más aún, durante estos periodos y, sobre todo en el de Videla, el intervencionismo estatal creció, no sólo no se plantearon las privatizaciones sino que se sumaron otras nacionalizaciones de empresas y bancos quebrados. Por otra parte, tampoco el empresariado estaba dispuesto a la racionalización económica que significaba la pérdida de prebendas, subsidios y contratos, el fin del proteccionismo que aseguraba la ganancia fácil y libre de competidores.

### **Periodo actual: democracia política y neoliberalismo económico**

Hemos pasado por las distintas ideologías: el liberalismo conservador, el nacionalismo populista, el militarismo. Todas ellas se dieron en regímenes con un mayor o menor grado de autoritarismo, dictaduras, semidictaduras, dictaduras plebiscitadas, semidemocracias o pseudodemocracias, todas ellas en mayor o menor medida llevaron al país al estancamiento económico, al aislamiento del mundo, a la decadencia cultural. Nos queda lo más difícil: analizar la complicada situación actual, el ciclo que se inicia en 1983, signado por la democracia en el plano político y el neoliberalismo en el económico. El país desde entonces es indudablemente otro, pero la transición está llena de dificultades, porque el pasaje de formas autoritarias a democráticas, es simultáneo con la transformación de una economía cerrada a otra insertada en el mercado mundial y que, por añadidura, debe hacerse en un mundo que, a su vez, está cambiando todos los días.

Los dos partidos históricos que se alternan en el gobierno desde 1983, deben cargar con el pesado lastre de un país sin ninguna formación democrática, falencia de la que precisamente los dos partidos son, junto al poder militar, corresponsables. Los partidos políticos, en efecto, no fueron escue-